

CONFESIONES PÚBLICAS

En uno de esos aquelarres electorales que tanto gustan a los americanos, los candidatos Obama y McCain, entrevistados por el pastor evangélico Rick Warren, han confesado sus miserias juveniles. Así, hemos sabido que Obama fue en su juventud «un egoísta que no pensaba en los demás»; y que este narcisismo o ensimismamiento ególatra lo condujo a esnifar alguna raya de cocaína. McCain, por su parte, ha reconocido que, después de sufrir cautiverio en Vietnam, fue infiel a su mujer. No es la primera vez que un político americano nos obsequia con estos cochambrosos paisajes interiores: todos recordamos a Bush declarando que en su juventud le había dado al jarro; y, sobre todo, recordamos aquel rocambolesco episodio de alcoba (o de despacho oval) que Clinton protagonizó con la becaria Lewinski, que a pique estuvo de costarle la presidencia.

Al votante americano la revelación de estas escabrosidades o menudencias lo reconforta por partida doble: por un lado, comprueba que sus mandatarios están sometidos a las mismas debilidades que cualquier hijo de vecino; por otro, considera que así la sinceridad del mandatario en cuestión queda probada, y que por lo tanto es persona fiable a la que puede votar sin recelos. El mandatario que oculta esas escabrosidades o menudencias, en cambio, se convierte de inmediato en sospechoso de cualquier otro vicio o lacra. Este modelo de sinceridad chirriante, que tan grotescas manifestaciones propicia en la política americana, triunfa en los países de tradición protestante, donde basta que un gobernante eche una canita al aire para que todo su prestigio político se desmorone y se vea obligado a dimitir. En países de tradición católica el modelo aún carece de arraigo, pero ya ha habido algún carroñero que ha tratado de trasplantarlo. Con resultados estériles por el momento; pero todo se andará.

Naturalmente, estas confesiones públicas tan compungidas y grandilocuentes oculten un fondo de fétida hipocresía. Parece más bien inverosímil que el mayor desliz que en su vida hayan cometido Obama y McCain consista en esnifar cocaína o poner los cuernos. Pero, aun suponiendo que en efecto así sea, ¿qué consiguen sacando veinte o treinta años después esos trapos sucios y exponiéndolos en tendedero público?

Juan Manuel de Prada, XL Semanal, 2008